

Aun hoy de llanto ciego, y desatando
Con sollozo el aliento en la garganta,
Trémulo voy alzando
El paterno holocausto a tu ara santa.
¡Lo aceptas!... ¡Ah! me embarga de alegría
El gozo de ofrendártelo, MARÍA.

1874.

BELISARIO PEÑA

ESPERANZAS

I

Allá cuando en lontananza comenzaba a perderse el horizonte en donde los ojos se deleitaron tantas veces; en esas apacibles tardes en que los arreboles del crepúsculo vespertino formaban mil caprichosas y fantásticas figuras, ora semejando castillos colosales, ya enormes leones, bien dragones hambrientos; y esas nubes de caprichosos colores, que remedaban abanicos gigantescos: todo eso me cautivaba y todo eso no lo volvería a contemplar; los campos donde Ceres y Pomona han derramado a granel los dones de la abundancia para hacer de esa tierra un paraíso; allí el agua cristalina y abundante para apagar la sed; en todas partes un océano de verdura y esos mil paisajes, que en suma variedad y fertilidad son muestra de los variados dones con que está regalado ese Edén. Allí quedaría la tumba de ese sér sin par, la madre; los sollozos del corazón filial no acompañarían la oración por el alma de la amante madre. Los que tienen fe, aunque sean pobres, tienen el más rico tesoro; pero los que han quedado en la orfandad, ¿qué esperanza tienen? Aquí la de derramar el corazón en la presencia del señor; allá la de volver a ver esos cariñosos ojos y oír esas suaves armonías; pues no otra cosa son las palabras que brotan de los labios maternos, y ya no separarnos más de ella. ¡Felices los que tienen madre y no han sentido rodar por las mejillas las perlas

del corazón, arrancadas por el dolor causado con la separación del Angel de amor y resignación, cuyas ternuras y bondades son el bálsamo en los días amargos y nublados; allí quedaría el hogar, nido de amores y santuario de gratos recuerdos; la ternura paterna con sus bondades; los lazos fraternales con sus condescendencias y los vínculos de la amistad iban a romperse para siempre con la ausencia; la juventud con sus sueños dorados; la iglesia parroquial con sus recuerdos y festividades; los discípulos con las travesuras juveniles; las golosinas con sus placeres: dejar todo esto, tener que cambiar de vida y costumbres, decir adiós a lo más amado, separarse voluntariamente de los conocidos; de buenos y amantes hermanos, de un bondadoso padre, no recibir más de él la santa bendición, impartida en nombre de un Dios de bondad: eso pone el corazón en prensa; sin embargo, la gracia triunfa de la naturaleza y el paraíso de la vida religiosa sepulta las aspiraciones de suyo muy legítimas y enteramente honestas.

II

La vida religiosa me abrió las puertas y fui recibido en su seno; por feliz me he contado, cual náufrago que escapa de las borrascas de la vida al pasar por la procelosa mar de las pasiones humanas. ¡Qué cambio! Diversos usos, desandar lo andado, distinto molde para las costumbres, nada para contentar los gustos del amor propio; pena y agonía si uno quisiera buscar algún descanso indebido o plácida alegría, reñida con las prescripciones regulares; el corazón debe quemar los ídolos antes amados para sólo seguir las huellas del Cordero sin mancilla; sestear en los hermosos prados del cumplimiento del deber; oír las parleras avecillas que modulan el himno de la adoración; percibir las melodías angélicas en los concentos de la esperanza; encender el pebetero para que con el aromático incienso lleve en ondas de oración los afectos de fervorosa plegaria, mensajera de los anhelos del corazón, y suplicar al An-

gel del consuelo los presente al Altísimo, para recibir de allá el rocío celestial y alcanzar de la Bondad divina las carismas que dulcifican los sinsabores de la vida: el bien, ejecutado con energía y constancia, atrae la simpatía de los hombres; ese mismo bien, ejecutado mediante el auxilio de la gracia, y ofrecido a Dios, centuplica los méritos. Si el trabajo es ley inherente para los mortales, aquí el trabajo es el talismán que trueca el suelo con sus amarguras por el cielo con sus delicias. Los bienes terrenos, las satisfacciones de la voluntad, el contento de los sentidos se cambian en amable pobreza, en meritoria obediencia y en angelical pureza. El alma sale gananciosa, porque le dan cien veces más en bienes más sólidos y poseerá después la vida eterna. En la desmantelada celdilla y el burdo hábito, Dios le hace barruntar preludios del cielo; sin embargo, tales sacrificios no cuestan cuando se pone mientes en la unión con el Amado, cuyos silbidos son tan suaves, cual deliquios de alma que mira con enfado los bienes perecederos, porque la escuela de la Cruz enseña ser cosa más prudente y meritoria la humilde misión que el cetro de los reyes y el honor de gobernar a los demás, recibiendo de ellos aplausos y enhorabuenas, que muchas veces son la máscara de la hipocresía o la artimaña para la consecución de un intento inmoderado: el alma así preparada alampa por que amanezca radioso el día en que se consagrará para siempre al Señor por medio de la profesión religiosa, segundo bautismo y largo martirio; agradable y alegre servidumbre de Dios, con la cual se torna el hombre más libre y santo.

III

Los trabajos del Hombre-Dios se completaron con la tragedia del Calvario. Jesús en la cruz, es el espejo que mira el religioso al consagrarse de por vida al Señor, donándole memoria, entendimiento y voluntad, juntamente con las fuerzas corporales; gruesos clavos mantienen en tormento inaudito al Salvador del mundo

sobre el sagrado madero, iris de paz, puesto allí para ablandar las iras del cielo y conseguir el perdón para los delitos de los hombres: cinco nudos serán las suaves cadenas que me aten en el servicio de Dios, que fijen la tornadiza voluntad en la práctica del bien; por tanto, las riquezas ya no fascinan, soy pobre voluntario, pobre de Jesucristo; con gusto sujetaré los apetitos desordenados para ser hostia viva ofrecida al que se apacienta en los jardines que cultivan las almas castas; soy trigo del Señor, bien podrá la inquina cebarse en la paja; la voluntad no será propia, pero ello me alcanzará el reinado en las florestas de la tranquilidad y del verdadero contento, frutos otorgados a los que descansan en los brazos de la Providencia; como ocupación tendré el magisterio de la enseñanza, sin escuchar los señuelos de la repugnancia, y eso mientras las fuerzas no me abandonen, y aunque la tarea sea ardua, difícil e ingrata; aunque ya la hubiere ejercido durante ocho lustros: los últimos esfuerzos deben ser más generosos en vista del término y de las magníficas recompensas ofrecidas por nuestro amable Salvador a los que enseñan juntamente las cosas de la tierra con las del cielo, a los que ponderan la medula de las almas sin atender a la áspera corteza de los cuerpos.

Cinco son los elementos de la educación: Dios, los padres, el maestro, el educando y el discípulo. Dios es el sol de las inteligencias, como el astro-rey lo es de la naturaleza; los padres son los primeros y mejores maestros del niño: la escuela materna forma los hombres, porque nada puede ser tan eficaz para el niño como la blanda influencia de la que le ha dado a luz, de la que es para él un tesoro de inagotable amor y cariño; una paciencia y cuidado que no hay nada que pueda compararsele; por eso son desgraciados los huérfanos, y cuando en el hogar no se aprenden las prácticas de la virtud y el amor al trabajo, la sociedad claudica por la base; el maestro es el tercer eslabón de la hermosa cadena de la educación: digno empleo, acreedor a mejores consi-

deraciones, cuando no es tarima para el logro de aspiraciones nocivas, sino el contingente prestado al adelanto social. ¡Ay de los que menoscaban el respeto y autoridad del maestro! Fructuosa tarea. ¡Cuántas cualidades son indispensables para el buen desempeño! Si el profesorado es glorioso de suyo, cuánto no acrecienta los quilates visto al través del prisma de la voluntad divina y del precio de las almas redimidas con la sangre de un Dios. El educando, por sí mismo, es factor de la educación, queriéndola, prestando la debida atención a las enseñanzas, docilidad a la disciplina y ardor por el estudio; teniendo constancia en lo emprendido y valor para vencer las dificultades; pues las palmas de la gloria germinan, crecen y fructifican mediante el concurso del trabajo encaminado a llegar a esa deseada meta: bienestar, honor y gloria. El discípulo es necesario en la educación, ya que ésta debe ser pública, es el adalid para la lucha, el émulo para agilizar los resortes de la voluntad y vencer la vergonzosa pereza, pasión innoble que aqueja a los que no sienten los aleteos del entusiasmo, ni aspiran a ceñir la inmarcesible corona que alcanzan el trabajo y la virtud, polos en donde debe girar la vida de los que no en vano han recibido una alma, destello de Dios y señora del compuesto humano. Luchen los discípulos, como leones, en la palestra del deber, y después dñense el abrazo de la amistad, como corazones nobles, animados por la prosperidad de la patria, el honor de la familia y un buen nombre, que simboliza la fuerza que vence los obstáculos, la inteligencia enriquecida con el tesoro de la ciencia y el alma perfumada con el aroma de acendradas virtudes.

Las faenas de la educación, como meritoria y digna ocupación, tienen puesto de honor en el banquete de la civilización, porque según la educación que el hombre reciba, puede escalar hasta el último peldaño de la gloria, o descender a un abismo de ignominia o degradación; dichas faenas cuánto abrillantan la vida así em-

pleada, porque además de las horas bonancibles, cuál debe ser la esperanza que los resplandores de la fe nos hace barruntar allá en los campos floridos de la Jerusalén celestial.

IV

Los pasos del viajero adquieren mayor celeridad cuando divisa a lo lejos el hogar paterno, porque el corazón rebosa de alegría al presentir el abrazo estrecho de la persona amada; pero ese mismo corazón tiembla si conjetura que ya no existen los seres queridos. ¡Cuántas ilusiones nos hemos forjado cuando en tropel se presentan en la mente los recuerdos paternos y los encantos de la amistad! La vida adquiere completa serenidad cuando se han saboreado muchos desengaños; cuando el desdén ha pasado y no ha dejado huella ninguna, cual pasa la luz por lugares inmundos sin mancharse; cuando la inquina ha aguzado sus dientes, pero no ha encontrado asidero para desfogar su feroz saña; cuando, plateada la cabeza por los años y los sinsabores de la vida, úno espera con acuciosidad el amanecer del día alegre y para siempre seguro, sin mudanza. Y ¿por qué no esperar? Es tan consoladora y tan racional la esperanza; esto lo confirma Pascal al decir: "Sólo hay dos personas que con verdad pueden ser llamadas racionales, a saber: o los que sirven a Dios con todo el corazón porque le conocen, o los que de todo corazón le buscan para conocerle." Angel querido que acompañas los últimos momentos de los que mueren en el ósculo del Señor, bája y esgríme ya la espada, si tál es el beneplácito del Altísimo, y luégo entóna el cántico de despedida del destierro, donde todo es pequeño, mudable y corruptible, para después entonar el de sumo gozo, cuyos retornelos, repetidos por los bienaventurados, me anuncien la posesión del Bien Supremo, en donde:

"En junta de venturados,
siglos tras siglos correr,
en éxtasis arrobados
contemplando el Sumo Bien."

Trago amargo de beber; hora que muchos desearan no llegue nunca es la muerte; buen consejo es el que enseña: "el mejor empleo de la vida consiste en aprender a morir." Sin embargo, cuántos mueren con la sonrisa en los labios, en la frente brilla la serenidad y el corazón navega en un océano de paz. Desde ahora te saludo con el ¡Hurra! de la esperanza, momento delicioso que abrirás tus puertas diamantinas y pasaré por tus límpidas plazas para tomar asiento en la mansión de los hijos de Dios.

La puerta del cielo, María, como estrella de los mares, me conduzca al puerto seguro, término de toda esperanza, como celestial raptora de los corazones, tome el mío y lo endiose, adornándolo con las preseas maternas, para que encuentre en toda la plenitud lo que ahora tan sólo paladeo en sombra y columbro apenas en los fulgores de la Esperanza.

PACÍFICO CORAL

A LA BORDADITA

(PLEGARIA ÍNTIMA EN DIALECTO POPULAR)

Ya toy a tus plantas, Santísima Virgen,
en busca e consuelo...
miráme lo triste,
miráme lo triste que vengo...
¡pero sos tan güena, santa Bordadita,
qu'en darás un alivio a mi pecho!

Dejá, máma linda, me postre a tus plantas
pa en poder pedirte tóo lo que quero...
pa en poder contarte toas mis penitas
y toos mis anhelos...
y así dés un consuelo a este probe,
Soberana Señora el cielo!